

CARA

Por IGNACIO AGUSTI

Y CRUZ

mikoyan

Poco antes de la muerte de Stalin, era muy difícil prever cuál sería la suerte que iba a correr Rusia cuando ésta ocurriera. No había indicios útiles que permitieran asegurar que la muerte de Stalin colapsara la tremenda organización del Estado soviético. No obstante, algunos observadores occidentales que confundían sus propios deseos con la realidad, vaticinaban para el comunismo ruso una derivación catastrófica. La verdad es que las grandes figuras llevan consigo un halo que nubla la visión de los demás, de modo que muchas veces éstos lleguen a creer en una cierta inmortalidad de los dictadores. En el caso de Stalin, esta ilusión óptica estaba muy extendida. La muerte de Stalin sobrevino de improviso, desconcertó a todos; pero lo único que colapsó fue el juicio de los augures. Nadie fue capaz de predecir entonces, ni siquiera de aventurar, lo que iba a ocurrir en el futuro inmediato de la política soviética.

Este hecho demostró la absoluta inopia en que Occidente se hallaba, para enjuiciar el tablero de ajedrez de la política soviética. No se trataba de vaticinar sobre nubes o sobre fantasmas. Se trataba simplemente de conjeturar sobre seres humanos; de modo que tras la purga del año treinta y ocho y el conato a última hora frustrado de depuración de los médicos judíos, acaecido en las postrimerías del régimen staliniano, los diez o doce personajes que constituían el cuadro activo y superviviente de la sucesión, debían procurar a los especialistas en política exterior los únicos elementos válidos para determinar el porvenir. En general, los vaticinadores se inclinaron por considerar que los más fuertes del clan eran Beria o Molotov. Otros apostaron por la revuelta de los militares, con Zukov o Vorochilov a la cabeza. Como se sabe, la realidad no confirmó ninguna de estas suposiciones y aun en algunos casos las desmintió rotundamente, tal es la de Beria, cuyos "ojos astutos y perlinas", según la observación de un comentarista, no pudieron presenciar ni los comienzos del proceso de la herencia staliniana. Kruschev no entraba ni siquiera en las cábalas que se establecían. Y a Mikoyan no se le tenía más que por un comerciante y un negociador, incapaz por tanto de perdurar en cualquier política seria.

No obstante, ha sido éste el más prolongado de los sucesores de Stalin, y su desaparición del ruedo concluye seguramente una etapa de digestión política. Si es posible que el stalinismo larvara figuras como ésta nos cabe preguntar si es cierta la versión que colecciona de aquellos años, relativa a la rigidez ideológica del Estado y al rigor de sus purgas. Que en las cercanías del dictador pudiera existir un componedor tan fino y un temperamento tan aleatorio como Mikoyan, demuestra o la total ceguera del régimen con relación a sus más fieles, o una prudencia del mismo relativa a su sucesión.

Lo cierto es que Mikoyan constituye un fenómeno de continuidad, y su figura se erige como campeona de la transición. Sin haber llegado nunca a ocupar cargos decisivos en la política de los soviets, e incluimos en ellos la Jefatura del Estado, Anastasio Mikoyan ha tenido el acierto de mantenerse durante toda su vida en la escena, con papeles preponderantes. Podemos sospechar el cúmulo de acontecimientos, el farrago de planteamientos que habrá tenido que objetar y aun el acopio de situaciones disconformes a las que habrá tenido que asentar en el curso de su larga carrera. Probablemente si

Mikoyan hubiera sido ruso hubiera intentado imponer su parecer en muchedumbre de ocasiones y, por tanto, hubiera fracasado. Pero Mikoyan era armenio, y ésta es una raza muy vieja y muy sutil, y Mikoyan habrá conseguido en virtud de ella trapear violencias, atemperar ánimos y callar cuando convenía.

Un hombre no hace nunca todo eso por pura ambición, o por la simple sugestión del "carguismo". "¿Por qué vamos a dialogar si se puede negociar?", contestaba Mikoyan a un corresponsal, en una entrevista. De él decía Kruschev que si hubiera sido americano hubiera sido multimillonario. De hecho ya lo es un hermano suyo que vive en Moscú y que pertenece a la "nueva sociedad" moscovita. En el fondo de la prolongada, casi interminable carrera de Mikoyan está una filosofía en la que, sin renunciar a uno solo de los puntos básicos de su formación marxista ni a su lealtad con el comunismo, apunta un motivo indirecto de entendimiento con el capitalismo a través de los contactos comerciales. Simplemente, Mikoyan era en política no más que un experto economista, sin que ello implicara la menor renuncia a su credo marxista e igualitario. En esta absoluta novedad hubieran podido entonces advertir los observadores las probabilidades ciertas que él tenía, por encima de los demás, de ser el más prolongado sucesor de Stalin, en una época en que de hecho se imponía la despolitización y habrían de subir a la superficie esos hombres que son como balones de oxígeno elevados al exterior. En aquella circunstancia se había sin duda de constituir en uno de los hombres de transición, que cumplen una misión de enlace entre un tiempo y otro y cuyo signo augura el porvenir.

Contaba un corresponsal, a raíz de la desaparición de Mikoyan de la escena política soviética, la anécdota que se atribuía a su figura entre sus propios amigos. La anécdota se contaba en la propia Rusia y se refería a una eventual situación del año mil novecientos ochenta. En Rusia volvían a reinar los zares y Breznev, tras una temporada en el exilio, solicitaba reintegrarse a tierra soviética. "Un momento, contestaba el Zar. Se lo preguntaré al primer ministro: Mikoyan, por favor...". Ello implicaría considerar a Mikoyan como a un nuevo Fouché. Pero Mikoyan no tiene nada que ver con Fouché. Las tortuosidades y alambicamientos de Fouché, su técnica del escaló, sus ardidés, su versatilidad, no han entrado en juego en la persona de Mikoyan. El fue siempre un economista en una implicación política y en un mundo que, indefectiblemente, tendría que volver a las reglas clásicas del comercio exterior. Este fue, en una sociedad de ideólogos, su sencillo acierto.

Pero, también en el fondo, sólo ahora ha muerto Stalin. La nueva promoción de gobernantes ya no tiene vestigio alguno de la vieja guardia. Los dirigentes actuales apenas podrán rememorar los incidentes épicos de la revolución. Eso ya es estatua y monumento. La promoción de tecnócratas y de ingenieros que llena el aula del Presidium maneja con la cibernética los resortes de la revolución. Mikoyan nos parece pues, hoy, un cierto burgués al viejo estilo, un superviviente de la revolución que ocurrió en Francia el año 1848 y que fue, por lo menos, tan delirante y decisiva como la revolución rusa. Aquella revolución se introdujo ciertamente en las venas y las arterias del mundo; y este mundo se quedó estupefacto y conmovido por ella.